

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

SISTEMA HOMEOPÁTICO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON MIGUEL PASTORFIDO

QUINTA EDICION

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1895

SISTEMA HOMEOPATICO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

[illegible]

EN PREPARACIÓN

[illegible]

SISTEMA HOMEOPÁTICO

[illegible]

[illegible]

DON MIGUEL PASTORFIDO

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las dos madres. (Segunda edición.)
Mi suegro y mi mujer.
Olimpia.
A público agravio pública venganza.
Los maridos. (Cuarta edición.)
A un pícaro otro mayor.
El alma en un hilo.
Un marido cogido por los cabellos.
Sistema homeopático. (Quinta edición.)
La chispa eléctrica.
Trece á la mesa.
¡Mate usted á mi marido!
La campana de la ermita.
Diez minutos de reinado.
Retrato y original.
Un rival del otro mundo.
Entre mi mujer y el primo.
Los guardias del rey de Siam.
Al son de los puritanos.
Un beso y un bofetón.
Heráclito y Demócrito.
La bolsa ó la vida.
La isla de las monas.
Los dedos huéspedes.
Susana.
La venda de cupido.
Cosas de mi tío.
¿Estamos en Leganés?
Amor de padre.
Las dos viudas.
Un hombre que ha quemado á un mujer.
Don Galopín se queda en casa.
Mefistófeles.
La Favorita.
El cuarto mandamiento.
Con la música á otra parte.
Mi mujer y el primo.
Huyendo de París.
El pararrayos.
Un león con calentura.
Por un cigarro.
Demonio y ángel.
Un novio cogido por los cabellos.
La fortuna en las narices.
Los contrabandistas.

EN COLABORACIÓN

Crisis matrimonial.
Los amigos íntimos.
Barba azul. (Segunda edición.)
El elixir de amor.
Si yo fuera rey.
Zampa.
Los falsos monederos.
Harry el diablo.
Flor de té.
Un casamiento republicano.
La bella Elena.
Los dragones.
El joven Cupido.
La redención del pasado.
Después del diluvio.
La copa de plata.
Un viaje de mil demonios.
Las cien doncellas.

SISTEMA HOMEOPÁTICO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON MIGUEL PASTORFIDO

Representada por primera vez en el TEATRO DE LA ZARZUELA, el 8 de Noviembre de 1864.

QUINTA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1895

PERSONAJES		ACTORES
GERTRUDIS	Doña	[illegible]
DON AMADEO	Don	Emilio Mario
DON PANTALEÓN	»	Francisco [illegible]
BRUNO	»	Juan [illegible]

La acción se supone en Madrid y en nuestros días.

El pensamiento de la penúltima escena de esta obra, está tomado de la escrita en italiano, en cinco actos, titulada LA DONNA ROMANTICA.

A MI QUERIDO AMIGO

DON NARCISO SERRA

Miguel Pastorfido.

PERSONJES		ACTORES
GERTRUDIS..................	DOÑA	BALBINA VALVERDE.
DON AMADEO..............	DON	EMILIO MARIO.
DON PANTALEÓN............	»	FRANCISCO ARDERÍUS
BRUNO.....................	»	JUAN OREJÓN.

La acción se supone en Madrid y en nuestros días.

El pensamiento—no el diálogo,—de la penúltima escena de esta obra, está tomado de la escrita en italiano, en cinco actos, titulada LA DONNA ROMÁNTICA

A SU QUERIDO AMIGO

DON NARCISO SERRA

Miguel Pastorfido.

ACTO ÚNICO

Sala decente en casa de don Pantaleón.

ESCENA PRIMERA

DON PANTALEÓN; luego BRUNO

PANT. Nada, no acude ninguno.
(Tirando de la campanilla.)
Me tendrán hasta mañana.
¡Bruno! Ni por esas. ¡Juana!
¿Se habrán muerto los dos? ¡Bruno!
(Apareciendo éste.)
¡Siempre tardas una hora!
BRUNO. Llama usted con tal premura...
PANT. ¡Silencio!
BRUNO. ¿Soy, por ventura,
alguna locomotora?
PANT. Escucha: ¿has visto al doctor?
BRUNO. No: ya se había marchado.
PANT. ¿Pero has dejado el recado?
BRUNO. Lo he dejado, sí, señor.
PANT. (¡Qué contratiempo!)
BRUNO. El almuerzo
está servido.
PANT. Que esté.

Márchate, y déjame.

BRUNO. Es que...

PANT. ¿Aún estás aquí, mastuerzo?

BRUNO. ¿Quiere usted oir?

PANT. No tal.

BRUNO. ¿No me hace usted la merced...?
Me es igual. Escuche usted.

PANT. ¿Qué dices?

BRUNO. Que me es igual.

PANT. ¿Cómo se entiende, insolente?

BRUNO. Para decir que me voy,
no hace falta...

PANT. ¿Te vas?

BRUNO. Hoy.

PANT. ¡Qué escucho!

BRUNO. Inmediatamente.
Y no por usted, aunque es
á veces algo importuno
y manda de un modo...

PANT. ¡Bruno!

BRUNO. ¡Claro! Soy aragonés.
Me hace usted ir viento en popa...
siempre me esta regañando...
Pero, en fin, de vez en cuando
me da usted para una copa.
No es que se suela alargar;
siempre me da una futesa.
El ama es peor. A esa
no se la puede aguantar.

PANT. ¿Callarás?

BRUNO. No tiene, pues,
cabal el entendimiento.

PANT. ¡Bruno!

BRUNO. Digo lo que siento,
porque soy aragonés.

PANT. ¡Cuidado, no me alborotes!...

BRUNO. Manda con altanería.
Todo se lo aguantaría;
pero ponerme á mí motes...
Eso es feo.

PANT. ¿Callarás?...
¡Pues tengo yo buen humor!

BRUNO. Eso es feo, sí, señor;
y en una señora, más.
Me llamo Bruno, y así
no me llama nunca el ama.
Me llama... ¿cómo me llama?...
Do... do...
PANT ¿Doméstico?
BRUNO. Sí.
PANT. ¿Y qué hay de particular...?
BRUNO. ¡Pues qué quiere usted, me pica!...
PANT. Doméstico significa...
BRUNO. Ya entiendo, domesticar.
¿A quién se le ocurre, á quién,
llamarme de esa manera?
PANT. ¡Bah!
BRUNO. Diga usted lo que quiera,
á mí no me suena bien.
Y el que se pica ajos come;
porque, como dijo el otro...
y, en fin, no soy ningún potro
para que nadie me dome.
Soy aragonés, y fino,
y claro como ninguno.
¿Por qué no me llama Bruno?
Al pan, pan, y al vino, vino.
PANT. (Tiene razón, y sobrada.)
BRUNO. Es lo más impertinente...
PANT. (¡Mucho!) ¡Basta!
BRUNO. Francamente,
debe estar algo tocada.
¿Por qué, siendo usted tan ducho,
permite que su mujer
se dedique así á leer?...
PANT. (¡Cierto!) ¿Y qué te importa?
BRUNO. Mucho.
(¡Que no la dieran de azotes!)
Mi mujer, que es su doncella,
habla lo mismo que ella,
y también me pone motes;
y me llama un sér judáico,
y al matrimonio un desliz...
y, en fin, que es muy infeliz,

porque yo soy muy prosáico.
Habla de un modo tan loco,
que parece que declama.
No está en el caso del ama,
pero, en fin, le falta poco.
En el Ferrol, ¡voto al sol!
le noté ya esa manía:
callé... no me convenía
quedarme allá en el Ferrol.
Pero á fuer de aragonés,
juraba yo para mí:
en cuanto salga de aquí
y ponga en Madrid los pies,
dejo al amo, aunque lo sienta.
Hoy hemos llegado, y hoy
le digo á usted que me voy:
ajústeme usted la cuenta.

PANT. Después.

BRUNO. Cuanto antes, mejor.

PANT. Ahora no estoy... Pero creo
que llaman... ¿Será Amadeo?

BRUNO. En efecto, es el doctor.
(Vase en cuanto don Amadeo entra.)

ESCENA II

DON PANTALEÓN y DON AMADEO

PANT. ¡Amadeo! Al fin...

AMADEO. ¿Tal vez
te haya impacientado?

PANT. Sí.

AMADEO. ¿Pero cuándo has vuelto, dí?

PANT. Esta mañana, á las diez.

AMADEO. Y, á las diez y media, á casa
mandas un recado urgente.

PANT. Estaba muy impaciente.

AMADEO. ¿Pues qué sucede, qué pasa?

PANT. Una desgracia fatal:
padecimientos extraños...

AMADEO. ¿Te han sentado mal los baños?

PANT. ¡Muy mal, amigo, muy mal!

AMADEO. El pulso... (Tomándole la mano.)
PANT. ¿Qué te propones?
AMADEO. ¡Toma! á ver...
PANT. No necesito...
cómo con mucho apetito,
y hago buenas digestiones.
¡Hasta ronco cuando duermo!
Y aunque la salud es frágil,
yo estoy siempre fuerte y ágil.
AMADEO. Entonces, no estás enfermo.
PANT. Sufro una parte, un resíduo
de mi sér.
AMADEO. Me maravilla...
¿Qué te duele?
PANT. Mi costilla;
la mitad de mi individuo.
Mi pobre mujer, que ahora,
sin saber cómo ni cuándo...
AMADEO. Vamos, pues...
PANT. ¡Si está almorzando!
AMADEO. ¡Pues qué! ¿Come?
PANT. No. Devora.
AMADEO. Ya que se siente mejor,
no ser necesario creo...
PANT. No te vayas, Amadeo.
Siéntate, mi buen doctor...
La amistad es un deber...
No sufra en tí menoscabo.
AMADEO. ¿Pero me dirás al cabo
lo que tiene tu mujer?
PANT. Oye. Mi aflicción no es poca
al mirar su desvarío.
¡Está loca, amigo mío:
rematadamente loca!
Yo soy causa de su mal,
y merezco mil reproches:
como que todas las noches
me la llevaba al Real.
Yo pensaba de ese modo
dar gusto á la que idolatro,
y el maldecido teatro
tiene la culpa de todo.

Allí su amor he perdido:
que aunque en él es todo farsa,
para ella un simple comparsa
vale más que su marido.
Mi existencia de dolores
está llena de trabajos.
Celos tengo de los bajos,
y envidia de los tenores.
Pues se me sube á la parra
acordándose de Mario;
quisiera ser un canario,
pero soy una chicharra.
Yó por cantar me espeluzno;
pero no entiendo ni jota.
Doy un gallo en cada nota,
y en cada trino un rebuzno.
¡Y crece el mal cada día!
¡Y lo advierto á mi pesar!
¡Y no la puedo curar
de semejante manía!

AMADEO. ¿Con que te dió pesadumbres?

PANT. Más de dos y más de cuatro.
¡Y dicen que es el teatro
la escuela de las costumbres!
No ve un drama la insensata
sin que se conmueva y llore.
La entusiasmó *Il Trovatore*...
La extravió la *Traviata*.
Y dando al cabo su fruto
mi proceder indiscreto,
la arrebató el *Rigoleto*
y la enloqueció el *Poliuto*.
Vino la *Civili* en fin,
esa trágica italiana...
¡Maldición! Hizo la *Adriana*...
¡Que no la hiciera en Pekín!
Ella la sacó de quicio...
Ella aumentó mi zozobra...
Ella consumó la obra...
Ella le consumió el juicio.
Y desde entonces está,
sin acordarse de mí,

con Angelo por aquí,
y Medea por allá.
De *Dumas* y *Víctor Hugo*
y *Scribe* reniego ya en vano.
Ella me llama tirano...
dice que soy su verdugo...
Con fieros dardos me asedia,
cual se hace *in anima vili*...
Desde que vió á la *Civili*,
le ha dado por la tragedia.

AMADEO. ¿Y declama?

PANT. ¡A cada instante!
Y su voz me descalabra
cuando, sin saber palabra,
habla el idioma del Dante.
Yo le busqué en el Ferrol
un maestro, pero en vano.
No ha aprendido el italiano,
y ha olvidado el español.
Gertrudis hace un mosáico
de palabras, y... ¡Calcula!
Quiere que la llamen Tula,
porque su nombre es prosáico.
Ya mira hasta con encono
el amor que la profeso.
Dice que el estar tan grueso
es cosa de muy mal tono.
Y aunque los celos me comen,
mi estrella hará que me estrelle.
Parece que con un fuelle
me van hinchando el abdomen
Quien su amor á ella consagre,
nunca ha de estar colorado:
¡yo lo estoy, y hoy he tomado
dos cuartillos de vinagre!
A este plan no me acomodo:
lo he dicho ya, y lo repito,
ese teatro maldito
tiene la culpa de todo.

AMADEO. ¿Tú estás celoso á mi ver?

PANT. Pusiste el dedo en la llaga.

AMADEO. ¿Y qué quieres que yo haga?

PANT. Que cures á mi mujer.
Tú eres médico...
AMADEO. Sí.
PANT. Y tal,
que en Madrid no se hallan dos.
¡Cura á mi mujer, por Dios!
AMADEO. ¡Una dolencia moral!...
PANT. Pues obtuviste la palma
de saber curarlo todo,
díme: ¿no encuentras el modo
de tomarle el pulso al alma?
Tú que eres un catedrático...
AMADEO. Hombre, me ocurre una cosa.
Voy á curar á tu esposa
por el sistema homeopático.
PANT. Hay otros métodos buenos.
AMADEO. Te digo que es cuenta mía...
PANT. Mira que la homeopatía
se compone de venenos.
AMADEO. Y bien, ¿á tí qué te importa?
PANT. Francamente, me acobardo...
AMADEO. Es la espada de Bernardo...
PANT. ¿Eh?
AMADEO. Que ni pincha, ni corta.
Sólo á lo moral la aplico,
y ó muy poco he de valer,
ó he de lograr...
PANT. ¡Mi mujer!
AMADEO. Déjame con ella.
PANT. ¡Chico!...
AMADEO. Quiero hablarla... Echar la sonda...
Con que vete: da un paseo...
PANT. ¿Pero es preciso, Amadeo?
AMADEO. Sí.
PANT. ¿No es mejor que me esconda?
No es por que yo tengo escama.
AMADEO. Bien... ¡Corre!
PANT. Aquí. (Se esconde.)
AMADEO. ¡Date prisa!
Anda lentamente, á guisa
de una actriz de melodrama.

ESCENA III

CERTRUDIS y DON AMADEO; DON PANTALEON,
escondido.

GERT. ¡Dejadme, esclavos! Sola vivir quiero.
(Con un libro en la mano.)
Retiráos, eunucos. Vuestro canto
y el perfume del áureo pebetero,
secar no pueden mi prolijo llanto.
Prefiero yo los céfiros suaves
de este jardín, y el trino de las aves
que libres cruzan el inmenso espacio.
Y yo mi libertad perdida lloro,
reina de este palacio,
pero esclava infeliz de adusto moro.
—Esta es la entonación.—¡Gran Dios, qué
(Viendo á Amadeo, que se mantenía alejado.) [veo!
Un hombre aquí! Quién es? No me responde?

AMADEO. Soy yo... soy Amadeo...

GERT. ¡Ah! sí: le reconozco... ¿Mas por dónde?...

AMADEO. ¿Por dónde he penetrado? Por la puerta.

GERT. A la dulce amistad siempre esté abierta.

AMADEO. (Empiezo.) ¡La amistad! ¡Oh, nombre tierno!
¡Oh, dulce amiga de la infancia!

PANT. (¡Cuerno!)
(Sacando la cabeza, al ver que don Amadeo le tiende los brazos á Gertrudis.)

GERT. ¿De la infancia? No sé...

AMADEO. ¡Virgen piadosa!
Ya no se acuerda de la edad dichosa
que yo jamás de mi memoria borro.
De aquellas horas plácidas, divinas,
en que los dos jugábamos al corro,
al escondite y á las cuatro esquinas.

GERT. No recuerdo...

AMADEO. (Ni es fácil.)

GERT. ¡Y qué mucho!
Yo era feliz y libre como el viento;
pero la esclavitud, ¡ay! con que lucho
en las sombras, hundió mi pensamiento.

Tal es la pena que en mi pecho escondo.

AMADEO. (Es preciso intimar... Me voy á fondo.)
¡Oh! Tisbe. (No me acuerdo de su nombre.)
¿Qué causa tiene tu dolor insano?

GERT. Escucha, y no te asombre.
Junto á mí, por mi mal, vive un tirano...

PANT. (Aquí entro yo.)

GERT. Que me retiene esclava.
Quiero volar; pero su férrea mano
pone á mi libre pensamiento traba.
Un alma libre la mujer esconde.

AMADEO. (Loca es, sin duda, y del mayor calibre.)

GERT. ¿Por qué no es libre la mujer? Responde.

AMADEO. Eso pregunto yo: ¿por qué no es libre?

GERT. Quiero que un mundo nuevos horizontes
á mis altivos pensamientos abra.
Quiero trepar los escarpados montes
como la alegre y saltadora cabra:
ó rauda descender al valle ameno,
y allí, gozando al fin dulce regalo,
rogar al cielo que mi esposo...

PANT. (¡Cuerno!)

GERT. Descanse en paz en el sepulcro...

PANT. (¡Malo!)

GERT. Goger del árbol la sabrosa fruta,
y en la fuente beber hondas de plata,
ó reposar en escondida gruta
al eco de rugiente catarata...

AMADEO. ¡Sublime! ¡Con tu plácida armonía!
¡qué bien, ay, Dios! ¡qué bien se dormiría!
Quizá algún día aciago tu sentido
profundo sueño absorba,
y despiertes en brazos de un bandido
de luenga barba y de mirada torva.
En su corcel ligero
te salvará un guerrero;
y al cabo llegaréis, salvando zanjas,
junto á río sonoro.
Dátiles y naranjas
podréis hallar cabe su fresca orilla,
y allí, en honesta libertad sencilla,
nueva edición de Angélica y Medoro.

haréis reproducir el siglo de oro.

GERT. ¡Oh! sí: tú me comprendes.
Tú en mi espíritu enciendes
la llama poderosa,
que me eleva del mundo de la prosa
á otro mundo mejor.—Oye, Amadeo.
Yo amo lo bello porque soy artista
y sé muy bien que mi marido es feo.

PANT. (¡Feo!)

AMADEO. (¡Bonito se pondrá!)

GERT. Mi vista
no puede soportar la del verdugo
que así me oprime con su mano ruda,
y sacudir, por fin, quiero su yugo.

PANT. (Tú sí que lograrás que te sacuda.)

GERT. En alas de mi genio
lanzándome al proscenio,
quiero imitar un día
al grito de agonía
de la infeliz Traviata,
que en eco moribundo
daba un adiós *si giovane* á este mundo.
Yo sentiré de Adriana el sacro fuego
que inspiró sus amantes arrebatos,
ó ciñendo á mi pie coturno griego...

PANT. (Ya te contentarás con dos zapatos.)

GERT. Pero... ¡ay! ¡vana ilusión del pensamiento!
Me liga á mi tirano un juramento
que al pie de los altares presté un día.
¡Desventurada suerte!
Negra estrella mía.

AMADEO. ¡Calma!

GERT. ¡Tan sólo la hallaré en la muerte!
¡Gran Dio! ¡Morir si giovane!...

AMADEO. (¡Qué idea!)

GERT. Sí; porque yo soy joven...

AMADEO. Y no fea.
Pronto vendré á romper, mujer sublime,
el yugo que te oprime.
¡Adiós!

GERT. ¡Adiós!

AMADEO. No temas: vuelvo pronto.

(Al pasar junto á don Pantaleón.)

PANT. Me la has de pagar.

AMADEO. No seas tonto.

PANT. Tu amistad se propasa,
y de tí no me fío.

AMADEO. Hombre, déjame hacer. (En esta casa
el cuarto principal está vacío.
Ella loca y él necio...
Si los llego á curar no tengo precio.)

ESCENA IV

GERTRUDIS y DON PANTALEÓN

GERT. ¡Gracias, Dios mío! pues mandas
á esta mujer sin fortuna
un ángel, que romper quiera
el lazo que la subyuga.

PANT. (¡Sangre fría y valor!) Oye.
(Dándole una palmada en el hombro.)

GERT. ¡Qué salutación tan brusca!
Es mi tirano de Padua.
Mi feroz *Ángelo*.

PANT. Escucha,
Gertrudis...

GERT. Tula.

PANT. Gertrudis.

GERT. ¡Tula! Yo me llamo Tula.

PANT. Y á mí me han puesto en la pila
Pantaleón Ruiz Barrutia,
y no nací en Padua, ¿estamos?
Que me han parido en la Almunia.
¿Lo oye usted? (Gritando.)

GERT. ¡Voz estridente,
inarmónica y absurda!
¡Oh! ¡Tamberlik! ¡Oh! ¡Bettini!

PANT. ¡Maldita sea la música!

GERT. ¡Venid!... Vuestra voz mi oído
llene de grata dulzura,
ya que este hombre salvaje
me horripila con la suya.

PANT. Pues si se trata de voces

yo debía tener muchas:
¡al menos tú me das tantas
cuando me colmas de injurias!..

GERT. ¡Aparta, pálida sombra;
tu presencia me conturba!

PANT. ¿Yo sombra? Te engañas, hija,
que peso ocho arrobas justas.

GERT. ¿Puede de Dios ser imagen
tan ridícula figura?
Esa colorada tez,
digna de un hijo de Asturias...
el desarrollo creciente
de esa abominable curva...

PANT. (¡Alusión abdominal!)
Mujer, ¿tengo yo la culpa
si se pronuncia mi abdómen,
hoy que tantos se pronuncian?
Pero, en fin, si á tí te agrada
más estrecha la cintura,
en un mes, en cuatro meses,
no comeré más que frutas,
y potaje de lentejas,
y ensalada de lechugas,
hasta que logre quedarme
lo mismo que una aleluya,
y eso que estoy por lo sólido,
por el jamón y las truchas...
¿Quieres más?

GERT. ¡Aparta!

PANT. Pero...

GERT. ¡No te puedo ver!

PANT. ¡Sí, Tula!
Sí; lo que es poder, bien puedes...
como quieras...

GERT. ¡Alma estúpida!

PANT. Mira, no me pongas motes:
ya sé que eres muy fecunda...

GERT. ¡Pronto, tirano inflexible,
vendrá un ángel en mi ayuda;
pronto acudirá quien rompa
nuestra ominosa coyunda.

PANT. (Las lecciones de Amadeo...

¡Por vida de Santa Ursula!...)
Escucha... más que me irrita,
me da pena tu locura.
Yo lo sé todo... que quieres
irte á vivir á una gruta...
y otras mil cosas, que son
otras tantas paparruchas.

GERT. Pues ya que lo sabes... oye:
la libertad ó la tumba.
Me insubordino, protesto
contra esas leyes injustas
que, declarándonos débiles,
á los hombres nos subyugan.
¿Por qué la mujer no goza
de libertad absoluta,
y la excluyen, por ejemplo,
de regir la cosa pública?

PANT. ¡Buena andaría la cosa!
Así y todo, no me gusta...

GERT. ¿Por qué no tiene el derecho
de sentarse en la tribuna,
y usar de su autonomía
como cualquier hombre usa?
Vuelve los ojos á Francia.

PANT. ¿Tan cerca está por ventura?

GERT. Allí existe una mujer,
cuya prodigiosa pluma
es el asombro del mundo,
la prez de esa nación culta.
Por hábitos masculinos
trocó ya sus vestiduras;
tira á la pistola, y bebe,
y monta á caballo y fuma.

PANT. ¿Y es mujer?

GERT. Sí: Jorge Sand
es su nombre.

PANT. ¿Y no la empluman?

GERT. ¡Blasfemo!

PANT. No la conozco;
mas por lo que tú aseguras,
imagino que es del sexo
común de dos.

GERT. ¡Boca impura!
¡Usar de frases tan cínicas
con una mujer tan púdica!

PANT. Pero...

GERT. Yo seré, venciendo
preocupaciones absurdas,
la Jorge Sand española.

PANT. Más te quisiera difunta.

GERT. Y te dejaré, jurando
no volver á verte nunca.

PANT. ¡Pero Tulita!...

GERT. Lo dicho:
la libertad, ó la tumba. (Vase.)

ESCENA V

DON PANTALEÓN

¡Señor! ¡Señor! Tú que ves
esta sempiterna lid,
¿vivimos en Leganés,
ó vivimos en Madrid?
¡Que yo la razón no pierda:
cese esta lucha cruel!
Haz que ella se vuelva cuerda,
ó envíame á mí un cordel.

ESCENA VI

DON PANTALEÓN y BRUNO

BRUNO. Señor, si usted no me ayuda,
somos perdidos.

PANT. ¿Qué pasa?

BRUNO. Que el mismo diablo sin duda
se ha metido en esta casa.
En el arca... ¡vive Cristo!
de mi mujer hay secretos.
La he registrado... y he visto
dos trajes de hombre completos.
Dos pares de pantalones
que no me vienen á mí,

dos chaquetas con faldones,
y unas chisteras... así. (Marcando.)
Lo que más me ha exasperado
de este maldito belén,
es que me las he probado
y que no me sientan bien.

PANT. ¡Ay! las dos, amigo Bruno,
con tan diabólico plan,
se han propuesto de consuno
imitar á Jorge Sand.
Las dos siguen viento en popa
rumbo que el diablo les marca.
Para las dos es la ropa
que has encontrado en el arca.

BRUNO. Tiene usted dos mil razones,
para ellas es... ¡Majaderas!
Por eso los pantalones
son tan anchos de caderas.

PANT. Cierto.

BRUNO. Venguémonos hoy,
pues ya estamos los dos hartos. (Yéndose.)

PANT. Pero di, ¿dónde vas?

BRUNO. Voy
por dos varas de á dos cuartos.

PANT. ¿Qué?

BRUNO. ¡Las llevamos en andas,
y nos odian iracundas!
Merecen, pues, que en dos tandas
les arrimemos dos tundas.
Primero usted, luego yo;
ó si usted quiere, á la par.
Ya verán, por sí ó por no,
qué modo de solfear.

PANT. Ese medio no da el fruto
que uno desea.

BRUNO. ¿No? Pues...
(Haciendo ademán de pegar.)

PANT. Eres atroz.

BRUNO. Soy muy bruto.
En fin, soy aragonés.

PANT. Su pobre juicio enajena
una manía, un afán...

BRUNO. Pues el loco por la pena
es cuerdo, dice el refrán.
PANT. Dice que yo soy un tonto...
que quiere estar libre y sola,
y en fin, que quiere ser pronto
la Jorge Sand española.
BRUNO. ¿Sí? Pues la mía se muere
por la auto...
PANT. ¿La autonomía?
BRUNO. Sí, señor: dice que quiere
que la hagan la anatomía.
Yo no sé dónde demonio
pudo aprender tanto error.
¿No dice que el matrimonio
es la tumba del amor?
PANT. ¡Tranquilízate, por Dios!
Importa tener sosiego...
BRUNO. Pero...
PANT. .Impedir que las dos
tomen las de Villadiego.
BRUNO. Si las toman... soy un galgo.
PANT. Trasládate á su aposento,
y apenas observes algo,
ven y avísame al momento.
BRUNO. Está muy bien.
PANT. ¡Ojo al Cristo!
¡Y mucho cuidado!...
BRUNO. ¡Pues!
soy muy terco, y soy muy listo.
En fin, soy aragonés. (Vase.)

ESCENA VII

DON PANTALEÓN

Yo, para curar su tedio,
llamé al doctor, y en verdad
que va siendo ya el remedio
peor que la enfermedad.
Pero Amadeo está aquí.
Ahora verá quién soy yo.

ESCENA VIII

DON PANTALEÓN y DON AMADEO

AMADEO. Ya estoy de vuelta.
PANT. ¿Sí?
AMADEO. Sí.
PANT. No te esperaba.
AMADEO. ¿No?
PANT. No.
AMADEO. ¡Es cosa particular!
Pues debiste suponer
que no había de olvidar
de ese modo á tu mujer.
PANT. ¡Ya! Con que tú... (¡Qué descaro!)
Haces muy mal.
AMADEO. ¡Cosa rara! (Riéndose.)
PANT. ¿Cómo? ¡Te ríes!...
AMADEO. ¡Es claro!
Pues si pones una cara...
PANT. Preciso es que te resuelvas
á no venir por acá.
No quiero que me la vuelvas
más loca que lo que está.
AMADEO. ¿Quién, yo?
PANT. Sí: tus intenciones
no me son desconocidas.
Ya sé lo que te propones,
y tomaré mis medidas.
Curar quieres su locura
de una manera tan rara,
que imagino que esa cura
me puede costar muy cara.
AMADEO. No entiendo...
PANT. Pues bien me explico.
AMADEO. No te fundas...
PANT. ¡Demasiado!
AMADEO. ¿Estás escamado, chico?
PANT. Sí, chico: estoy escamado.
AMADEO. Pues que sea enhorabuena.

PANT. ¡Mucho!
AMADEO. ¡Pero hombre de Dios!
PANT. Desde que he visto la escena
que habéis tenido los dos...
Gertrudis me llamó feo...
Tú la apoyaste.
AMADEO. Es verdad:
es necesario.
PANT. No veo
que haya esa necesidad.
Tú le das alas.
AMADEO. Procuro
serle agradable, simpático...
PANT. Tú la enloqueces.
AMADEO. La curo
por el método homeopático.
PANT. Sí, ¿eh?
AMADEO. Como está hoy en moda...
PANT. Pues mira: no es menester,
ni quiero, ni me acomoda
que cures á mi mujer.
Va á venir; y es necesario
que tú...
AMADEO. ¿Que me vaya?
PANT. Sí.
AMADEO. ¡Qué disparate! Al contrario:
tú eres el que sobra aquí.
Quiero hablarla...
PANT. (¡En todo el orbe
no hay quien tenga esa maldad!)
AMADEO. Sin que nadie nos estorbe:
con entera libertad.
Vete pues.
PANT. (Me entra una escama...).
AMADEO. ¡Vete y nada te impaciente!
PANT. Bien.—Cuando obscurezca, llama.
¡Si yo soy muy complaciente!
(Con socarronería.)
AMADEO. Puedes estar con sosiego.
PANT. Bien, me conformo.
AMADEO. Repito...
PANT. Bien... bien... (Me voy, vuelvo luego

y los cojo en el garlito. (Vase.)

ESCENA IX

DON AMADEO

¡Que sea tan majadero!
¿A que no tarda en volver?
Pronto convencerle espero...
aquí viene su mujer.
Le diré cualquier tontuna
con entonación enfática...
Aquí está: adoptemos una
actitud melodramática.

ESCENA X

DON AMADEO y GERTRUDIS

GERT. Nadie...
AMADEO. ¡Tisbe!
GERT. ¡Es él! No en vano
me prometiste volver.
AMADEO. Vengo resuelto á romper
el yugo de ese tirano.
GERT. Hace poco que el salvaje
verdugo de mi existencia,
oyó con indiferencia
mi poético lenguaje.
AMADEO. Hablarle á él del Edén
que con afán solicitas,
es como echar margaritas...
á quien tú sabes muy bien.
GERT. Comprendo. (Nunca se olvida
de evitar vulgares frases.)
AMADEO. (¡Nada! Le daré dos pases
de muleta, y en seguida...)
Há tiempo que una pasión
inmensa, pero latente,
limando está sordamente
las telas del corazón.
Hace tiempo que un tesoro

de amor en el alma siento;
y ha llegado ya el momento
de decirte... que te adoro.

GERT. ¡Qué escucho!

AMADEO. En amor se abisma
el que á tus plantas se halla.

GERT. ¡Oh! ¡Calla! ¡Por piedad, calla!
Me tengo miedo á mí misma.

AMADEO. ¡Oh! ¡Tisbe! Si te subyuga
ese bárbaro verdugo,
yo, para romper su yugo,
he preparado tu fuga.

GERT. (Me seduce á mi pesar.)
¡Levanta, noble mancebo!

AMADEO. (Sí; que el pantalón es nuevo,
y se me puede manchar.)
Huye, pues.

GERT. ¡Huir!

AMADEO. Mi amor
es grande, es inmenso, es puro.

GERT. ¡Ah! ¡Respeta mi honor!

AMADEO. Juro
respetar siempre tu honor.
Pero ven: que nadie advierta
ó perturbe nuestros planes.
Sígueme: dos alazanes
nos esperan á la puerta.

GERT. ¡Ay, Dios! Confusa me hallo...

AMADEO. Tu honor mantendrás ileso.

GERT. Francamente, lo confieso...
No sé montar á caballo.
¡Oh! ¡Quién fuera Jorge Sand!

ESCENA XI

DICHOS; BRUNO y DON PANTALEÓN, que han oído los últimos versos.

PANT. (¡Hola!)

AMADEO. ¿Y eso te preocupa?
Yo te subiré á la grupa
de mi soberbio alazán.

PANT. (Huir con ella... ¡Qué horror!

Yo le diré á ese gandul...)
AMADEO. Nos iremos á Stambul,
á Peckín, al Ecuador...
Ven. ¿Consientes al fin?
GERT. Sí.
AMADEO. ¡Oh, ventura! ¡Triunfé al cabo!
GERT. Vamos donde quieras.
PANT. ¡Bravo! (Presentándose.)
AMADEO. ¡Pantaleón!... (Confuso.)
GERT. (¡Ay de mí!)
PANT. ¡No asustarse!
AMADEO. La verdad...
BRUNO. Habéis caído en sus redes.
PANT. Pueden continuar ustedes
con toda tranquilidad.
¡Buen amigo! ¡Brava esposa!
GERT. De ofender mi honor no trata.
PANT. ¡Calla! Que eres... una ingrata,
por no decir otra cosa.
GERT. Ampárame tú.
AMADEO. ¡Valor!
PANT. Ojo experto y vigilante, (A Bruno.)
mientras voy en un instante
á dar parte al inspector. (Vase.)

ESCENA XII

GERTRUDIS, DON AMADEO y BRUNO

BRUNO. ¿Con que no van ya á la China
porque el señor no les deja?
Va á avisar á la pareja
que está guardando la esquina.
Dos mozos como castillos,
de esos buenos ciudadanos
que están siempre con las manos
metidas en los bolsillos.
GERT. ¡Qué horror!
BRUNO. Malo es, francamente.
GERT. ¿Venir esos hotentotes?
BRUNO. ¡Qué vicio de poner motes
á todo bicho viviente!

AMADEO. ¡Déjanos en paz!
BRUNO. En fin,
procedamos con cautela.
(Cerrando las puertas.)
GERT. ¡Ah!
AMADEO. (Bien.)
BRUNO. (Falta un centinela
en la puerta del jardín,
y ese seré yo.)
GERT. ¡Hombre fiera,
vil cancerbero!...
BRUNO. Señora, (Yéndose.)
puede usted ponerme ahora
todos los motes que quiera.

ESCENA XIII

DON AMADEO y GERTRUDIS

AMADEO. ¡Estamos perdidos!
GERT. Sí.
AMADEO. ¡Suerte aciaga!
GERT. ¡Suerte impía!
AMADEO. ¡Va á venir la policía!
GERT. ¡Nos va sorprender aquí!
AMADEO. ¡Prueba tu gran corazón!
Si tu marido es un vándalo,
que, promoviendo un escándalo,
va á mancillar tu opinión,
tú, cubriéndote de gloria,
hoy con valor sin segundo,
darás un ejemplo al mundo
que te eternice la historia.
GERT. ¿Cómo?
AMADEO. Al volver al impío,
para cubrirnos de duelo,
debe encontrar en el suelo
tu cadáver junto al mío.
GERT. ¡Morir!
AMADEO. ¡Ah! ¿Quieres mejor
vivir llena de ignominia,
que morir, como Virginia,
sacrificada á su honor?

¡Y eres tú quien menosprecia
esta vida transitoria!
¿No te exalta la memoria
de la célebre Lucrecia?
¡A ella te igualé, insensato!
Pero me engañó el deseo:
no le llegas, según veo,
ni á la suela del zapato.
No; y yo que esto preví,
venía provisto de opio.
(Le picaré el amor propio.)
¡Eres indigna de mí!

Gert. No, Amadeo; me desprecias,
y es injusto tu desdén:
yo probaré que también
hay en España Lucrecias.

Amadeo. ¡Sublime heroicidad!
(Voy consiguiendo mi objeto.)

Gert. Sí; con asombro y respeto
dirá la posteridad:
la muerte la altiva saña
de la española no doma;
si hubo una Lucrecia en Roma,
hubo una Tula en España.

Amadeo. Que tan alto ejemplo des,
anhelo con frenesí.
¿Estás decidida?

Gert. Sí.

Amadeo. (Ya lo veremos después.)
¡Morir juntos! ¡Oh, fortuna!

Gert. Sí; ¿pero de qué manera?

Amadeo. De cualquiera.

Gert. ¡De cualquiera!

Amadeo. (No te va á gustar ninguna.)
Hé aquí un veneno... (Sacando un frasco.)

Gert. ¿Es posible?

Amadeo. Que da una lenta agonía.

Gert. Entonces, no: eso sería
padecer de un modo horrible.

Amadeo. (Esto es miedo, hablando en plata.)

Gert. ¡Cuánto siento no estar ética!

Amadeo. ¿Por que?

GERT. ¡Porque es tan poética
la muerte de la Traviata!...
AMADEO. ¿Leiste *El judío errante?*
GERT. Si.
AMADEO. ¡Con qué apacible calma
no murió el príncipe Djalma
en los brazos de su amante!
GERT. ¡Esa muerte es un consuelo!
¡Oh! morir así, es dormir
dulcemente, para ir
á despertar en el cielo.
A imitarlos me acomodo.
AMADEO. (La pondré en un compromiso.)
GERT. Para morir, es preciso
que muramos de ese modo,
sin exhalar una queja.
¿Quién tendrá ese filtro? (Con decisión.)
AMADEO. (Sacando otro frasco.) ¡Yo!
GERT. ¿Cómo?
AMADEO. El mismo que tomó
la susodicha pareja.
GERT. ¡Será posible, gran Dios!
AMADEO. Y tanto!
GERT. ¿Sí?
AMADEO. Como que es
lo que allí quedó, después
de haber bebido los dos.
Bebe.
GERT. ¡Temprano me inmolo!
AMADEO. ¡Oh, recuerda á la Traviata!
GERT. *Morir si giovane*... (Retirándolo.)
AMADEO. ¡Ingrata!
Pues bien, moriré yo sólo.
No quedará sin castigo
tu violado juramento;
porque irá el remordimiento
á todas partes contigo.
GERT. ¡Dios mío, esto es horroroso!
AMADEO. Mi sombra, en la noche umbría,
dejará la tumba fría
para turbar tu reposo.
Y desgarrará tu oído

cuando dolorosa exclame:
«Ingrata, ¿aún vives? Infame,
¿por qué me has sobrevivido?»

GERT. ¡Ah, no! Venga. (Con decisión.)

AMADEO. Toma pues.

GERT. Sí, venga. ¿Es amargo? (Transición.)

AMADEO. Suave.

GERT. ¡Ah! ¿sí?

AMADEO. Parece jarabe.
(Toma, como que lo es.)
Bebe sin mirar.

GERT. No miro...

AMADEO. (Otra vez se hace la sueca.)
¿Tiemblas?

GERT. No: ¿haré alguna mueca (Transición.)
al dar mi último suspiro?

AMADEO. Tendrás el rostro risueño.

GERT. ¿Y después de morir?

AMADEO. ¡Ah!
Entonces parecerá
que gozas de un blando sueño.

GERT. ¿Con que no quedaré fea?

AMADEO. No: que bebas pronto espero.

GERT. Sí... valor... No, tú primero.

AMADEO. Pues que tú lo quieres, sea.
Venga esa copa fatal. (Bebe.)
¿Y ahora?

GERT. Ahora estoy pronta.

AMADEO. ¡Bebe... así!... (Aproximándose el frasco á la boca.)

GERT. ¡Oh!

AMADEO. ¿Lo ves, tonta?
¿Ves cómo no sabe mal?
Es el rey de los venenos.

GERT. ¿Y tardará en dar sus frutos?

AMADEO. Unos catorce minutos,
sobre poco más ó menos.

GERT. ¿Y se sufre mucho?

AMADEO. Empieza
por halagar dulcemente...
luego se abrasa la frente...
luego toda la cabeza...
Luego la sangre inflamada

corre cual líquido fuego...
Luego se muere uno, y luego...
luego ya no pasa nada.

GERT. (¡Dios mío! ¡Siento un terror
tan íntimo, tan profundo!...)

AMADEO. Hablemos del otro mundo...
hablemos de nuestro amor...
(Sentándose y cogiéndole las dos manos.)

GERT. ¡Ah!

AMADEO. La muerte es un consuelo.
Como ahora nuestras palmas,
muy en breve nuestras almas
se juntarán en el cielo.

GERT. ¡Mi frente!...
(Dando un grito y llevándose las manos á la cabeza.)

AMADEO. ¡Qué sensación!...

GERT. ¡Ah! ¡Yo sufro horriblemente!

AMADEO. Primer síntoma.

GERT. ¡Mi frente!...

AMADEO. (¡Lo que es tener aprensión!)
Feliz quien sacude el yugo
de la vida.

GERT. ¡Que me abraso!

AMADEO. Feliz quien...

GERT. ¡Oh!

AMADEO. No hagas caso
y hablemos de Victor Hugo.

GERT. ¡Ah!

AMADEO. Recuerda aquel instante
que Hernani con tanto empeño
anheló... Va á ser el dueño
de su idolatrada amante.
Suena la bocina impía
y... ¡adiós, ensueños felices!

GERT. ¡Mi cabeza!...

AMADEO. ¿Y qué me dices
del final de la *Lucia?*
Cuando el infeliz se mata
porque le abruma el pesar...

GERT. ¡Gran Dios!

AMADEO. ¡Qué! ¿Vas á cantar
el dúo de la *Traviata?*

GERT. Sigue este dolor tenaz...
AMADEO. Que viene de molde creo...
GERT. ¿Quiere usted irse á paseo?
¿Dejarme morir en paz?
AMADEO. Yo á Víctor Hugo cité...
GERT. Reniego ya de las plumas
de Victor Hugo, de Dumas,
de Balzac y de Soutié.
¡Todos son unos villanos!
AMADEO. (Bien.) Siento así una zozobra...
GERT. ¡Maldita sea la obra
que yo he cogido en mis manos!
AMADEO. ¡Dios mío! Siento que ya
á arder mi cabeza empieza...
GERT. Mi cabeza...
AMADEO. ¡Mi cabeza!
GERT. ¡Cielos santos! (Echándose sobre una silla.)
AMADEO. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! (Id. sobre el sofá.)
Fuego por mis venas, fuego
solamente ya circula.
¡Tula!...
GERT. ¡Socorro!...
AMADEO. Ven, Tula...
GERT. ¡Favor!
AMADEO. Yo muero... Hasta luego.
GERT. ¡Muerto! ¡Muerto! ¡Pobre hombre!
(Incorporándose con espanto.)
¿No hay quien ayuda me preste?
Bruno.

ESCENA XVI

DICHOS y BRUNO

BRUNO. ¿Qué milagro es este,
que me llama por mi nombre?
GERT. Y, ni á dar un paso acierta...
¡Corre, avisa á mi marido!...
BRUNO. ¿Pues y el otro? ¿Se ha dormido?
GERT. ¡Ha muerto!
BRUNO. ¡Ha muerto!
GERT. Sí: ha muerto.

mi cabeza gira... zumba...
BRUNO. ¿Cómo fué?...
GERT. ¡Se mató!
BRUNO. ¡Ah, tonto!
GERT. Ha dicho hasta luego. Pronto
le acompañaré á la tumba.
BRUNO. ¡Morir usted!
GERT. ¡Yo! ¡Qué horror!
¡No! No quiero...
BRUNO. ¡Pobre alma!
PANT. ¡Abre! (Desde dentro.)
BRUNO. Es el amo que llama.

ESCENA XVII

DICHOS y DON PANTALEÓN

PANT. Pronto vendrá el inspector.
GERT. ¡Piedad! (Arrojándose á sus pies.)
PANT. La ley rigurosa
de castigarte ya trata...
GERT. He sido loca, insensata;
pero no una mala esposa.
Confieso que hice muy mal
en llamarte á tí verdugo...
Ya no leeré á Víctor Hugo...
no iré al Teatro Real...
Pondré á mis locuras freno...
Héme aquí ya arrepentida...
¡Pero sálvame la vida!
¡Por Dios, un contraveneno!
BRUNO. ¡Se ha envenenado!
PANT. ¡Cruel!
¡Si lo veo y no lo creo!
¿Pero cómo?... ¿Y Amadeo?
GERT. No me preguntes por él.
PANT. ¿Qué hace allí en aquel rincón?
GERT. ¡Sucumbió!... ¡Bien empleado!
AMADEO. Sí; pero ha resucitado.
GERT. ¿Qué escucho?
BRUNO. ¡Aparta, visión! (Dando un salto.)
GERT. Pero...

AMADEO. Salió mi proyecto
mejor de lo que creía.
PANT. ¿Qué?
GERT. ¿Qué?
AMADEO. Que la homeopatía
ha producido su efecto.
PANT. Con que al fin...
AMADEO. Logré la cura
de una enfermedad muy grave.
GERT. ¿El veneno?
AMADEO. Era un jarabe.
GERT. ¿Y su amor?
AMADEO. Una locura.
PANT. ¿No más libros?
GERT. ¡No, por Dios!
PANT. Los libros que la mujer
debe tan sólo leer,
pueden reducirse á dos.
Uno encierra alta doctrina...
el otro positivismo.
GERT. ¿Cuáles son?
PANT. El Catecismo
y el Arte... de la cocina.

FIN DE LA COMEDIA

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representación se autorice.
Madrid 13 de Octubre de 1864.

El censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.